

## El Real Madrid en La Gomera

Javier Domínguez García.2020

Cristóbal Mesa había nacido en Hermigua en la isla de La Gomera. Era el menor de seis hermanos. Tres varones y tres mujeres. Sus hermanos mayores emigraron a Venezuela y sus hermanas se quedaron en La Gomera. Como era buen estudiante, al terminar el cuarto curso y la reválida del Bachillerato elemental, se trasladó a vivir a Santa Cruz de Tenerife para estudiar el Bachillerato superior, alojándose en casa de unos tíos maternos. Terminó el Preuniversitario y se fue a estudiar Ciencias Económicas a Madrid. En la capital, su residencia estuvo en el “*Colegio Mayor La Salle*” en la localidad de Aravaca, en el norte de Madrid.

En el mes de septiembre de 1969 comenzaba sus estudios universitarios y acudía a las clases en la nueva facultad de CC.Económicas, cuyo campus estaba en Somosaguas. Poco a poco iba conociendo a sus nuevos compañeros, tanto en la Facultad, como en la residencia donde coincidió con otros estudiantes canarios de Las Palmas, Lanzarote, La Palma y de Tenerife. Él era el único de La Gomera.

En las comidas, tanto los canarios como los peninsulares le preguntaban cosas de su isla de La Gomera, de las que él poco contaba, pues al principio era bastante tímido y retraído. Poco a poco fue entrando en amistad con los residentes con el tema común del fútbol. Con ellos solía ver en la Tv del salón todos los domingos el partido televisado. Su equipo favorito era la U.D. Las Palmas,



El grupo de estudiantes futbolistas en la fachada del Colegio Mayor

que aquel año se había proclamado Subcampeón de Liga y tenía un equipo extraordinario donde brillaban jugadores como Tonono, Guedes, Germán, Castellano, León, los Gilberto, etc....

Con los estudiantes empezó a ir a jugar al fútbol en una cancha en la trasera del colegio. Formaban dos equipos y los sábados por la mañana celebraban los partidos. Normalmente los siete canarios formaban en uno de los equipos y completaban con cuatro peninsulares. Algunos de los que jugaban estaban fichados en categorías federadas. Un tal Marcial Perdomo, que era de Lanzarote, entrenaba con el *amateur* del Real Madrid en la Ciudad Lineal. Ramón Alonso, vallisoletano que formaba parte del equipo de Agrónomos que participaba en el campeonato universitario. Otros, como el sevillano Fernando Vega mostraba gran estilo, pues había sido jugador del juvenil del Betis antes de marchar a estudiar a Madrid. Al segoviano Rodrigo Maldonado, le llamaban “Velázquez” por su parecido al interior del Madrid, pues tenía el pelo lacio y rubio como el jugador madridista. Luis Rivera que era de Toledo, era el extremo derecho.

El canario Carmelo Hernández, de La isleta, había jugado mucho en la playa de las Canteras y en juveniles había estado en el Racing en su barrio porteño. Alfonso Alonso, también de Las Palmas, era

un medio volante muy combativo al que el Atlético de Madrid le había hecho una prueba en el campo de Vallehermoso. Completaban el once Isidro Ramos y Diego Brito, de Santa Cruz y La Laguna respectivamente y el palmero Virgilio Martín que le gustaba jugar de extremo izquierda y le llamaban “Gento” no por su velocidad sino porque era bajito.

A Cristóbal el gomero, le gustaba jugar en la puerta emulando a Iribar, aunque no tenía la altura, ni por supuesto la calidad del meta internacional vizcaíno, pero su entusiasmo le servía para ser el principal promotor del equipo.

En sus confrontaciones semanales solían hacerlo entre ellos o ante otros equipos de Colegios de la Ciudad Universitaria. Durante el curso fueron mas de una docena de veces las que saltaron a la cancha, muchas veces embarrada o helada, en los duros inviernos con frío de la sierra en aquellos descampados del norte de Madrid.

En un trimestre el equipito de los estudiantes se fue consolidando y nació una buena amistad. Al término de los partidos compartían cañas de cerveza o chatos de vino, en el bar del Colegio que regentaba un tal Remigio, natural de un pueblo de Toledo llamado Fuensalida, y que presumía que el zapatero de su pueblo le hacía las botas a algunos jugadores del Real Madrid. Las tortillas de Remigio entusiasmaban al personal que las devoraba al término de los partidos los sábados al mediodía. Así, con la cerveza en mano y pincho sobre la mesa departían durante horas sobre las bondades de lo divino y lo humano, con bromas, chistes y comentarios del lance.

Avanzado el curso, Cristóbal, que fue haciéndose muy popular, propuso a sus amigos visitar su isla de La Gomera en verano, para que, además de conocer las Islas Canarias, participaran en la *Fiesta del Cedro*, que era un acontecimiento muy especial para todos los gomeros.

Tanto los isleños como los peninsulares se animaron a ir y a mediados de agosto quedaron en verse en Tenerife, para desde allí partir para la isla colombina. Los cuatro peninsulares acordaron ir en barco desde Cádiz. Tres de ellos, los de las provincias castellanas, cogieron el tren. En Sevilla se les unió Fernando Vega. Viajaron hasta Santa Cruz y allí les esperaban los tinerfeños Diego e Isidro y al día siguiente se reunieron con los que llegaban de las otras islas.



San Sebastián de La Gomera

Reunidos todos, partieron a las 12 de la noche en el *correílo* “Virgen de Candelaria” para La Gomera. Fue una buena travesía en la que pudieron dormir y ver un cielo estrellado viajando hacia el sur de la isla de Tenerife. Al amanecer llegaron al puerto de San Sebastián donde estaba Cristóbal con dos amigos esperándoles.

Después de los efusivos saludos y presentaciones, fueron a tomar el desayuno en una cafetería en el parque junto a la *Torre del Conde*, antes de salir hacia el norte de la isla. El inicio de la ruta, el grupo de visitantes lo hizo por una tortuosa carretera por donde

contemplaron una esplendorosa vista y se sacaron las primeras fotografías. Pasado el *Roque de la Zarzita*, tomaron una desviación con dirección a Hermigua, y luego hacia Vallehermoso. El alojamiento ya estaba resuelto y algunos iban a quedarse en casa de Cristóbal, otros en casas de otros amigos y en una fonda del pueblo.

Ya desde su regreso a la isla, Cristóbal había solicitado el Campo Municipal que necesitaba algunos arreglos y por ello se fue a hablar con el concejal de deportes, al que anunció que para las fiestas de ese año iba a venir un equipo del “Real Madrid” a jugar con la selección de La Gomera que él mismo iba a formar.

Tenemos que arreglar el campo, ¿no?.

¿Arreglar el campo? ¿para gastar dinero? ¿por qué se empeña usted arreglar el campo? ¿es que no sirve así?.

¡Claro que no sirve! señor concejal, ¿usted no ha visto que está *enladerado*? ¿no se ha dado usted cuenta de que de una portería no se ve la otra?. ¡Además, está lleno de *teniques*!.

No importa, así despistamos al contrario...

¡Oiga, que viene a jugar un equipo de verdad ! ¡Qué no vamos a presumir poco con el equipillo de aquí jugando contra el Madrid, nada menos...!.



El campo estaba *enladerado* y lleno de *teniques*. Y la niebla no fallaba.

En el pueblo no estaba todavía formado un equipo y por supuesto que no se celebraba ninguna competición. El mismo Cristóbal se puso en contacto con alguno de los jugadores que formaban en equipos de la isla, como el Junonia y el Leones, para contar con ellos. Otros jóvenes que estaban fuera de la isla, iban a venir para las fiestas y también se podía contar con ellos para jugar.

Desde que se acabe la zafra en el sur de Tenerife y vuelvan los que están *p'allá* hay que hablar con ellos para hacer el equipo, comentaba Cristóbal.

Necesitaban un entrenador. Entonces habló con un tal Juanero, hombre práctico, demasiado práctico y conocedor del ganado balompédico que tenía a su cargo en la isla. Aunque Cristóbal se preguntaba: ¿Cómo le vamos a poner entrenador a estos tíos que son más brutos que arados y más machos que nadie?. En principio este hombre haría las veces de entrenador y también de masajista, aunque le decía a Cristóbal : “si le pone usted un masajista a esta gente, van a pensar que esas son cosas de *mariquitas* y lo van a correr a *tunerazos*”.

Pero, Juanero, ¡escuche, por Dios!, terciaba Cristóbal, que no veía las cosas tan fáciles como el fogoso entrenador y éste le respondía :”Nada de flores, que no hacen maldita falta. Vamos a formar al equipillo y a empezar a entrenar.” Entre tiras y aflojas, al fin estuvo el equipo en condiciones de enfrentarse al de los visitantes, que se anunciaba en el pueblo como “*los del Real Madrid*”



La fiesta del Cedro en la ermita dentro del bosque de laurisilva

En La Gomera las fiestas populares se celebraban en verano. La principal era la *Fiesta de El Cedro*, que con su tradicional romería era la expresión viva del folklore gomero donde el romancero y el baile del tambor tenían lugar el último domingo de agosto.

La víspera de la fiesta, Cristóbal y sus amigos se fueron al monte con la intención de dormir en el bosque de laurisilva y estar desde muy temprano metidos en el gran festejo. En las mesas de madera situadas bajo los árboles se comieron un buen “*potaje de berros*”.



La noche anterior, las verbenas con sus bailes amenizaron la fiesta y en los *ventorrillos* se agolpaba la gente para comer la carne de cochino frita, garbanzas, ñames y por supuesto buen vino del país o un aguardiente llamado *parrita*.

Actuaba la famosa orquesta *Los Bajip*, creadores de un ritmo que llamaban el *merengue gomero*, una música que bailaban los canarios en las verbenas de las fiestas veraniegas. Ese nombre de *Los Bajip* surgió un día que los hermanos Negrín juntaron sus cinco iniciales para dar nombre a la orquesta que había

hecho famosos temas como "*Hola, hola*", "*Dicen que te vas*" y "*Agulo*"; muy populares en la juventud y que sonaban en las fiestas de los pueblos, tanto en La Gomera como en otras islas.

Al amanecer del día siguiente, el silencio en el lugar donde se ubicaba la ermita, sólo era perturbado por el agradable ruido del agua del barranco y el canto de las diferentes aves de la laurisilva.

Después de la misa salía la procesión con la imagen de la *Virgen de Lourdes* por medio del bosque, todo acompañado por *chácaras* y tambores.

Además del carácter religioso y festivo, tenía lugar el momento de convivencia entre amigos y las diferentes familias, muchas de las cuáles se habían desplazado desde sus casas caminando, trayendo consigo sus comidas para pasar el día en aquel hermoso lugar.



*Tocador de chácaras en la romería de la Fiesta del Cedro*

Finalizado el acto religioso y como de costumbre, los asistentes pasaban el resto de la jornada disfrutando de las parrandas tradicionales y de la comida campestre, en un ambiente entrañable, de amistad envuelto en la magia de los bellos alrededores de la ermita.

A los visitantes les sorprendieron los tocadores de tambor y el sonido de unas castañuelas grandes llamadas *chácaras*, que acompañaban a un solista que con una buena voz, con el mismo ritmo, con

la misma melodía, con la misma danza, recitaba un romance. Y después de éste, otro romance, y después de este solista, otro solista, y luego otro, y los romances y el baile hasta la noche y hasta la madrugada.

Y llegó el domingo señalado para jugar el partido. Se congregó todo el pueblo en la ladera. Todos juntos, abuelos, padres y nietos, para animar al equipo y ver al “Real Madrid”. Los veintidós mozos se repartían por el campo aleatoriamente. Aplausos para todos. Los visitantes se presentaron con calzón y camisetas blancas como el Real Madrid. Los locales iban con camisetas rojas y pantalón azul. Los porteros se colocaron entre los palos. Cristóbal, vestido de negro junto a sus compañeros estudiantes. El del equipo de casa se llamaba Aniceto y era más bruto que mandado a encargar. No le dejaban jugar con los de delante porque en una ocasión le pegó una patada a uno que lo tuvo cojo tres meses. El entrenador, Juanero, no cesaba de darle consejos al cancerbero local: “Desde que se acerque alguno, vas y te tiras en los pies. No te olvides, tienes que arrojarte a sus pies...”

Los vientos alisios, que vienen del Océano Atlántico, cuando llegan a las islas por encima de los 600 m. forman el conocido “*mar de nubes*”, que aporta humedad como lluvia horizontal de la que se alimentan todas las especies que conforman los bosques de la isla de La Gomera. Esa tarde unas pésimas condiciones climatológicas con una niebla espesísima era el fiel reflejo de éste fenómeno climático.

La densa neblina en el campo, cegaba a los futbolistas e incluso a los mismos aficionados. Algunos veían sombras, otros no veían más lejos de sus narices. El juego se tornó algo silencioso, nadie se movía de sus lugares. Aniceto seguía las incidencias del juego que se producía de medio campo para allá, ya que como hemos dicho, desde una portería no se podía divisar la otra. El equipo local utilizaba el silbo, que se puede oír a tres o cuatro kilómetros a través de los barrancos, y era la forma utilizada desde tiempo inmemorial en la isla de La Gomera para comunicarse a distancia.

Era imposible jugar de aquella manera, sin ver nada. Aniceto cada vez veía menos a los jugadores. Pensaba que dominaban el partido, pero era obvio que no habían marcado un gol, porque sus

compañeros hubieran vuelto a sus posiciones de defensa y habría visto a alguno de ellos. Tampoco se escucharon gritos de festejo.

El árbitro tomó la decisión de suspender el encuentro. El público, se fue y los futbolistas, volvieron al vestuario. Todos se fueron del campo; todos menos uno: Aniceto, el portero local, que se quedó entre los tres palos de la meta.



Mas de un cuarto de hora después, entre la penumbra, apareció una sombra frente a Aniceto ¿Quién era?. Un guardia que, al ver al guardameta aún en la portería, se le ocurrió preguntarle:

¿Qué haces todavía en el campo?.

Aquí, jugando contra el Real Madrid. “Hace quince minutos que pararon el partido”. ¡El campo está vacío!, le explicó.

Entonces, Aniceto dejando atrás la portería vá y le comenta:

***¡Ya me extrañaba a mi tanto dominio.....!***

El resto de jugadores y el público asistente se había marchado y a nadie se le ocurrió avisar al jugador, que junto al guardia se encontró con ellos en un bar de la plaza del pueblo, donde todos en animada conversación daban cuenta de unos cafés con leche calientes, con los que amortizaban el frío que las nubes bajas dejaban en el entorno.

A la semana siguiente, a primeros de septiembre, Cristóbal y sus compañeros volvieron a encontrarse en el *Colegio La Salle* de Aravaca, pues había que realizar los exámenes de Septiembre para recuperar las asignaturas que habían quedado pendientes en el mes de junio.